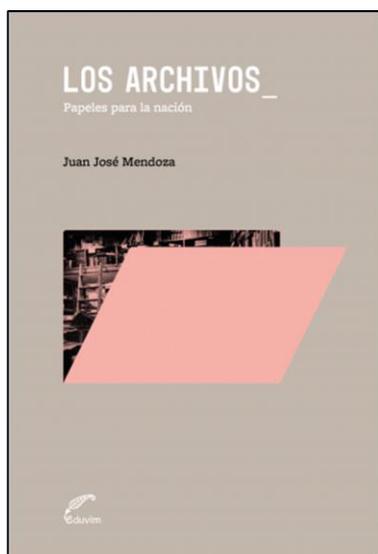


---

---

## SOBRE *LOS ARCHIVOS\_* *PAPELES PARA LA NACIÓN,* DE JUAN JOSÉ MENDOZA

Rocío Altinier  
Universidad de Buenos Aires  
Universidad Nacional de Tres de Febrero  
[rocioaltinier@gmail.com](mailto:rocioaltinier@gmail.com)



∞

*Los archivos\_Papeles para la nación*, de Juan José Mendoza; Villa María: EDUVIM, 2019; 300 pp.; ISBN: 978-987-699-565-8.

---

En *Los archivos\_Papeles para una nación* (2019), Juan José Mendoza caracteriza al XXI como “el siglo archivista”: un siglo en el que se ha desarrollado una fuerte noción de pasado y, con ello, diferentes maneras de conservar, de leer y de “operar” sobre el archivo. Si bien sería imposible, nos explica, pensar la compulsión por el archivo actual sin repasar la pasión por la destrucción y la reconfiguración política que significó el siglo XX, el XXI tiene la singularidad de ser el siglo de la digitalización e hiperdatificación, una época de expansión informática descomunal de los archivos con un correlato (en apariencia contradictorio pero no menos cierto) también destructivo.



---

Una producción inabarcable de datos, archivos y textos nunca antes experimentada en la historia convive en la actualidad con un panorama de destrucción, eliminación y pérdida de materiales del pasado que también se estima incalculable. Mendoza ofrece un conteo por demás gráfico de la inconmensurabilidad archivística a la que nos enfrentamos hoy: cada 8.760 horas se generan más datos que en toda la historia de la humanidad. Cada 17.520 horas se duplican la cantidad de textos, imágenes y datos elaborados en las 43 millones de horas que tiene la historia de la escritura. Cada minuto se suben a *YouTube* 100 horas de imágenes y cada día 16 años de imágenes. Esto sucede mientras que miles de libros, textos, documentos y escritos considerados prescindibles son triturados, bibliotecas personales son arrojadas íntegras a contenedores de basura ante el fallecimiento de sus propietarios, y bibliotecas nacionales son atacadas, saqueadas y empujadas a la ruina.

Es así que hacia el interior de la cuestión del archivo convergen fuerzas en apariencia opuestas: productivas y destructivas. El trabajo de Mendoza radica en identificarlas (a unas y otras) para así diagramar un relato posible sobre los archivos. Gracias a su recorrido, sabremos que en 1960 el proyecto Xanadú representó el despliegue del ímpetu panarchivista pretendiendo abarcar y conectarlo *todo*.<sup>1</sup> También que en el año 2003 la Biblioteca Nacional de Irak es bombardeada perdiendo en el ataque el Archivo de la República (1958-1979): mapas, fotografías, libros raros, escritos sumerios y el 25% de sus colecciones. Mendoza nos revela también los nuevos sistemas de transmisión y preservación de la información y cómo cambian de forma radical con la posibilidad, incluso, de insertar y almacenar archivos de imágenes y videos en bacterias.<sup>2</sup> Nos recuerda a su vez una breve aunque histórica lista de materiales arrojados a la hoguera: Bebelplatz, 10 de mayo de 1933; Yucatán, 12 de julio de 1562; la “Hoguera de las vanidades”, Florencia, siglo XV; la quema de escritos en la China de Qin Shi Huang en 212 a.C. Casos de uno u otro orden podrían citarse *ad infinitum* y replicarían el mismo fenómeno: muerte y transfiguración del archivo. En síntesis, señala Mendoza, “no se puede hacer una historia de los archivos sin una historia de su correlato: la historia de las ruinas” (226).

Pero el autor de *Los archivos* no pretende solo delinear una (posible) historia de los archivos (entre varias o muchas historias que podrían proponerse), sino también problematizar su existencia, develar su estatuto político, su importancia en los modos de delinear identidades colectivas, también de pensar y repensar la nación. Frente a este escenario compuesto por múltiples y siempre nuevas aristas, algunas de las principales preguntas que se hace Mendoza son:

¿de qué nuevo orden serían, entonces, nuestros problemas con “el archivo”? ¿De qué naturaleza serían entonces nuestros problemas con la historia, las tradiciones, la literatura, el saber? ¿Qué relación guardan los problemas del archivo con nuestros desafíos archivísticos latinoamericanos: la edificación de archivos y reservorios de información, colecciones de manuscritos, primeras ediciones, fondos documentales, en un contexto de investigaciones y escaladas archivísticas sin precedentes? (25).

---

<sup>1</sup> Ted Nelson, impulsor de la noción de hipertexto, ideó un proyecto cuyo objetivo era crear un documento único global que fuera capaz de interconectarse con todos los otros producidos en la historia de la humanidad.

<sup>2</sup> En julio de 2017 se publicó en la revista *Nature* un artículo que expuso los resultados de una serie de experimentos llevados adelante por Seth L. Shipman, Jeff Nivala, Jeffrey D. Macklis y George M. Church. Los científicos insertaron fotogramas de la obra “Caballo en movimiento” (1879) en el ADN de una bacteria *E. coli*.

---

Los ya célebres abordajes de Jacques Derrida con su “mal de archivo”, los de Michel Foucault en *La arqueología del saber* y las preguntas de Claude Lévi Strauss alrededor de “nuestro amor por los archivos” no están ausentes en el trabajo de Mendoza, como no lo están tampoco las reflexiones al respecto de algunas figuras del ámbito local que advierten sobre “la desidia archivística” que atraviesa el contexto latinoamericano en general y argentino en particular. Así, una de las principales preocupaciones radica en la (in)existencia de políticas de conservación: la pérdida progresiva de materiales dispersos y olvidados y la expatriación de documentos invaluable. Fragmentos del diario personal de Alejandra Pizarnik preservados celosamente en la *Firestone Library* de la Universidad de Princeton representan, por caso, algunos entre muchísimos documentos de escritores y escritoras nacionales que descansan en instituciones extranjeras y que Mendoza visita en su afán de armar un mapa propio de papeles nacionales y latinoamericanos.

Así, se evidencia la forma en que cierta inercia documental en nuestras latitudes sudamericanas convive por su parte con un colonialismo archivístico que acopia, conserva y custodia de forma suspicaz sus botines documentales. A fin de cuentas, en las capitales coloniales es donde se gestionan estas piezas del pasado, estas memorias museificadas. Nos advierte también Mendoza sobre la voluntad monumental de los archivos y afirma: “América es el continente archivado”.

La pregunta por la literatura y la crítica también está presente. Los nuevos tipos de textualidad, objetos de estudio y maneras de leer que emergen en la era digital imponen desafíos que conforman un prolífico campo de trabajo para la producción teórico-crítica que incluye además múltiples perspectivas y abordajes. ¿Cómo leer la web? ¿Cómo estudiar esta nueva dispersión textual y con qué metodologías? ¿Cómo se reformulan las nociones de literatura y tradición literaria en la era digital? En síntesis: ¿cuál es la forma que adoptaría una *ciberfilología*?

El recorrido que propone Mendoza no es lineal, homogéneo ni exactamente ordenado. Por el contrario, invita más bien a embarcarse en los desvíos que los mismos archivos imponen. Sumergirse en ellos significa empaparse, aunque sin saber muy bien de qué, nos advierte el autor. Voces y testimonios que aparecen en diferentes entrevistas (el editor Jorge Álvarez en un café de Buenos Aires o Isaías Lerner y Lía Schwartz en un departamento en Nueva York), materiales disímiles, espacios múltiples y registros variados (que van del ensayo a la crónica) nos reenvían a la pregunta por la noción misma de archivo, su importancia, su función, los interrogantes y potencialidades que aún encierra.

El archivo, comprendemos luego del recorrido que Mendoza propone, emerge porque hay algo mayor y ominoso que falta y debe ser restituido, aunque sea en una pequeña medida (una voz, un pasado, una historia, un testimonio, un territorio, la experiencia misma). Es también una promesa de futuro pero solo a condición de que esa pieza del pasado sea resguardada y para ello, paradójicamente, sacada de circulación, casi ocultada. Promesa también, nos explica el autor, de algo nunca poseído. Después de todo, los archivos hablan del (inconmensurable) pasado y, recordando a Johannes Gutenberg (ideólogo de la imprenta con tipos móviles moderna), reflexiona Mendoza: “¿Sabía lo que estaba inventando? Estaba inventando el infinito. Estaba mecanizando lo insondable y creando la angustia de ya no poder leerlo todo” (45).